BADAJOS EN 1658

JORNADA SANGRIENTA

Los lusitanos prepararon sus elementos ofensivos para solucionar rápidamente el problema bélico que habían planteado. (1) Las colinas que rodeaban el fortín de San Miguel aparecieron cubiertas con la infantería enemiga, y las mangas o pequeñas partidas de soldados escogidos que se destacaban para aproximarse al fortín eran diezmadas por el fuego de nuestras baterías. La admirable constancia de los atacantes y la brava resistencia de los atacados ensangrentaron aquellos campos. Los portugueses heridos fueron trasladados al convento de San Gabriel, que quedó convertido en hospital de sangre. El cuadro era aterrador. En la galería del convento se veían montones de brazos y piernas. En ella se oían los lamentos de los que se quedaban mancos o cojos, los clamores de los que padecían el tormento de las operaciones quirúrgicas y los gritos de los que sufrían los cauterios para la

(1) Vid. número 2, año 1935 de esta *Revista*.

retención de la sangre; centelleaban los hierros en brasa; en llamas de alcohol hervían las aguas para destruir los gérmenes de infección, y a la vez eran ofendidos los ojos, los oídos y el olfato. Unos dejaban en los remedios la vida; otros pedían en los medicamentos la muerte. De este modo, el convento de San Gabriel fué lastimoso teatro de trágicas escenas. (1)

La lucha incitaba a los contendientes, que con ánimos de vencer peleaban con furia. Emocionado el duque de San Germán por la heroica defensa del fortín, puso en movimiento para auxiliarlo todas sus reservas, que encontraron serios obstáculos por las ventajosas posiciones que ocupaba el enemigo. Arreciaban los ataques al fortín, pero la guarnición se defendía gallardamente, ocasionando numerosas bajas en las filas portuguesas, hasta el punto que viendo el barón de Alvito la muchísima gente que perdía sin resultado práctico, despreciando todos los peligros, en un momento de exaltación patriótica se arrojó con su tercio al foso con gran velocidad y valor. El barón y el maestro de campo Manuel Enríquez mandaron construir un hornillo en el ángulo exterior del baluarte; lo prepararon con tres barriles de pólvora y pidieron la entrega inmediata de la fortaleza. A estas pretensiones respondió Dogan que peleasen, porque la guarnición estaba dispuesta a defenderse y a no admitir conversación sobre el asunto, aun teniendo la certeza de que la mina estaba terminada.

En aquellos momentos llegaba el combate a su apogeo. Se peleaba en la vanguardia, en la retaguardia, en el ala derecha y en la izquierda, y hacía más terrible el espectáculo el estruendo de las 50 piezas de artillería de la plaza, que semejaban el cráter de un volcán, vomitando constantemente materiales mortíferos. Después de unas horas de sangrienta porfía, comprendió el duque de San Germán que era tan im-

(1) *Portugal Restaurado*. Part. y Lib. II. Pág. 121.

posible socorrer el fortín como retirarse sin grave daño, y empezó a temer por la suerte de su ejército. Estaba previsto este caso por el alto mando portugués, y ya Andrés de Alburquerque tenía dispuestas todas sus fuerzas para emplearlas con oportunidad en un ataque a fondo, en la creencia de que nuestras tropas quedarían completamente destrozadas a la vista de la ciudad, o entrarían en la plaza en horrible confusión con los soldados portugueses. Y quizás hubiera pasado de este modo a no ser por un suceso raro y extraño que cuenta el conde de Ericeira, y que por curioso merece ser recogido. Levantóse del vapor del Guadiana, estando el sol claro, una niebla tan espesa, que aprovechando el duque de San Germán este favor de la Providencia Divina, diligentemente retiró el ejército.

El manuscrito de la Biblioteca Nacional ya citado nada dice de este fenómeno atmosférico, pero en cambio es pródigo en pormenores del combate, que desgraciadamente perdieron los españoles, sin el consuelo de haber prestado auxilio eficaz a la guarnición de San Miguel, que a las violencias de las balas tuvo que añadir las angustias por la escasez de víveres, principalmente de agua, a causa de no haber pozo ni cisterna en el recinto, y muy pocas tinajas para almacenarla en cantidad suficiente. Nuestros genera'es se vieron forzados al establecimiento de dos alas que salían del pozo del fortín, pues careciendo de estrada cubierta y de otras obras defensivas, era preciso proteger la guardia de este modo, pero no lograron impedir que los rebeldes ocupasen una media luna en lo alto de un cerro próximo, desde donde dominaban la fortaleza, y casi imposibilitaban los movimientos de avance de las tropas españolas.

Era natural que la atención de los jefes y oficiales se concentrara en este puesto, y que por todos los medios se procurara que los portugueses lo desalojasen. Lo intentó, sin fortuna, unas veces el tercio de D. Melchor de la Cueva, y

otras el del irlandés Walter Dogan, hermano del gobernador del fortín. En ocasiones llegaron a la cumbre del cerro, después de formidables empujes, pero embestidos nuestros soldados por los flancos, descendían desordenados al valle. Contribuyeron a estos fracasos la falta de una acción conjunta y la escasa ayuda prestada por las fuerzas del ala izquierda, que no atacaron en los instantes precisos. Los portugueses, convencidos que los defensores de San Miguel no recibirían socorro alguno, pidieron de nuevo la rendición, y ante la actitud enérgica de la guarnición, incendiaron la mina, que al explotar produjo el derrumbamiento de uno de los ángulos de la tan discutida fortaleza.

A pesar de estos estragos, el combate continuó con igual dureza. Ni la brecha ni el empleo de las escalas sirvieron para satisfacer los deseos del enemigo. Todo fracasaba ante el coraje con que los españoles defendían el fortín. Los rebeldes habían ocupado totalmente el foso, y desde arriba los sitiados arrojaban granadas, bombas y ollas cargadas con balas, que al caer en la compacta multitud causaban numerosas víctimas. Al mismo tiempo, y con mucho ardor, soldados escogidos de todos los tercios pugnaban por echar de la cumbre del cerro a los lusitanos, pero Andrés de Albuquerque tuvo el indiscutible acierto de montar en ella una batería, que fué una seria amenaza para el fortín de San Miguel, y obligó a que nuestras tropas se retirasen a la ciudad para cubrirse del fuego de los cañones. Así cuenta la relación española la retirada de nuestro ejército. También se refugiaron en Badajoz los generales que estaban en el campo de San Roque y la compañía del vado del Mayordomo, que por quedar lejos de la plaza carecía su ocupación de finalidad práctica.

Los defensores del fortín, desamparados de las fuerzas exteriores, se entregaron al poder de Portugal y abandonaron la posición dirigiéndose a Elvas, donde tenían que establecerse hasta la terminación de la campaña. Los cronistas portu-

gueses afirman que salieron con armas las tropas irlandesas, y sin ellas las españolas. Roto el nudo de San Miguel, el enemigo pudo seguir, ya sin tropiezos, la línea envolvente. Arreglaron en debidas condiciones el cuartel de San Gabriel y el de Rivillas, que cerraba completamente el cordón. Mendes de Vasconcellos se presentó en el campo de batalla para felicitar personalmente a cuantos tomaron parte en la gloriosa acción, y dispuso que en el fortín se alojaran 400 infantes a las órdenes de Francisco Martins de Seixes, sargento mayor del tercio de D. Manuel Enríquez.

Causa pena la esterilidad de los heroicos esfuerzos realizados por la gente del fortín, que al mando de Guillermo Dogan, supo aguantar con sin igual bravura las embestidas de los contrarios y resistir con paciente resignación la falta de víveres. La noticia del desastre produjo triste impresión en las altas esferas oficiales, donde parecía imposible que la ciudad de Badajoz pudiera ser sitiada por las tropas portuguesas. El avance y firme decisión del enemigo también sorprendieron a nuestros generales. La excesiva confianza del duque de Osuna fué causa de que Andrés de Albuquerque ocupara por sorpresa las mejores posiciones, y cuando quiso recuperarlas, poniendo en movimiento todas sus compañías, ya era tarde. Los batallones de D. Luis de Meneses derrotaron a nuestros infantes, sin que el teniente general D. Juan Pacheco, que mandaba la caballería, consiguiera impedirlo. El duque de Osuna quedó perplejo al conocer este descalabro, y oyó consternado la algarabía de los vencedores, que se retiraron a su base enarbolando cada soldado, como trofeo de guerra, una prenda de los vencidos.

A otra imprevisión de nuestra parte debieron los portugueses la ocupación de la eminencia próxima al fortín, que hizo perder a sus defensores toda esperanza de auxilio y que puso en mucho peligro la seguridad del ejército español. Es inconcebible que a la tenacidad y valentía de las tropas del

ala derecha, que quedaron aniquiladas, no correspondieran con su apoyo los batallones de la izquierda, ni la infantería que acababa de llegar. De ésta sólo se enviaron al lugar del combate algunas mangas desfiladas que nada habían de resolver en un conflicto de tal magnitud. Súpose después que el enemigo, cuando comenzó el asalto, tenía cargado todo el bagaje, con intento de retirarse «si no le salía bien», lo que prueba su desconfianza en el éxito por temor de un ataque a fondo. También en la plaza, terminado el combate, se comentaba que si se hubiera hecho el esfuerzo con los escuadrones enteros, y uno con las mangas divididas, tal vez se hubiera conseguido que los lusitanos desalojasen la cumbre del cerro, por más que la operación no dejaba de ofrecer serios inconvenientes, pues de salir mal se perdían el ejército y la plaza, y el fortín de San Miguel, en opinión de nuestros generales, no podía obligar a tan grave empeño.

De una y otra parte fueron numerosas las bajas. Los españoles cuentan unas trescientas entre muertos y heridos, y los portugueses no señalan cifras; pero de la lectura de las crónicas que conozco se deduce que ascendieron a una cantidad respetable. En la lucha cayeron personajes de alto relieve social. Entre los muertos anotan a los capitanes Alvaro de Miranda, Francisco Sodre y Antonio da Franca, y entre los heridos figuran el teniente general Diniz de Mello de Castro, el duque de Cadaval y los capitanes Francisco Correa, Francisco Silva de Moura, Jorge de Mello, Manuel de Paiva Soares y Jorge de Sousa. Todos fueron trasladados al convento de San Gabriel, donde, segn dijimos, se haba instalado un hospital de sangre.

Sin duda alguna, la absoluta carencia de un plan estratgico, que fu el mal que nos acompao en toda la campaa, y la imperdonable falta de una accin conjunta justifican plenamente nuestra derrota. Hubo hechos dignos de loa, pero nada significaban en el cmulo de imprevisiones, errores y

cobardías. Era manifiesta la decadencia de nuestro poder militar. La indolencia y la indisciplina corroían las Ordenanzas, y los soldados españoles, tan valientes y temidos y que tan justa fama consiguieron en cien combates, empezaron a perder en el reinado de Felipe IV sus virtudes y sus prestigios. Puede decirse que el ejército de Extremadura, desde la pérdida del fortín de San Miguel, fué de fracaso en fracaso hasta que Portugal se separó de la corona española, rompiendo definitivamente la unidad ibérica.

JESÚS RINCÓN.